

La
Secta
de las
Catacumbas

Nicola Fantini

Título original: *La setta delle catacombe*
Editado en Italia por: Barbera Editore
via Masetana Romana 52 / a, 53100 Siena (Italy)
tel. 0577 44120 fax 0577 47883
email: info@barberaeditore.it
web: www.barberaeditore.it

Primera edición: marzo, 2010

Copyright © 2007 Lorenzo Barbera Editore Srl
© traducción: M.P.V., 2010
© de esta edición: Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-347-7
Depósito legal: M-8.405-2010
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I. Había soñado con un siniestro tocador... ..	13
II. El recuerdo de la fábula de Titania.....	29
III. El mundo se había reducido a voces	39
IV. Carta confidencial.....	47
V. Se podían confundir con leñadores.....	53
VI. ¿Existe de verdad la belleza?	57
VII. ¿Qué aspecto tenía?	67
VIII. El grueso tabernero de la posada del Tejón.....	73
IX. Nota informativa totalmente confidencial	81
X. Camillo Valle observaba.....	85
XI. Un plato de pasta	89
XII. Estaba amaneciendo.....	93
XIII. Expediente XCIV	99
XIV. ¡Aquí está Moira!	101
XV. Una extraña sensación de oscuridad	107

SEGUNDA PARTE

XVI. Un desordenado ruido de zuecos	117
XVII. El temblor enfermo de una vela.....	123
XVIII. Hablaban de libros.....	127
XIX. En cuanto a los Pertigantes	133
XX. Con sentido común	137
XXI. El hormigueo en los brazos	145
XXII. La laguna agitada	151
XXIII. En mi establecimiento.....	157
XXIV. Con el estómago todo revuelto	161
XXV. La tienda de café	167
XXVI. Olor a ajo.....	175
XXVII. Se sentía agotado	185
XXVIII. Nada importante	193
XXIX. Una caja de colores	197
XXX. En el salón de fumadores	203

TERCERA PARTE

XXXI. ¡La fiesta! ¡La fiesta!.....	213
XXXII. Mejor que espere un poco.....	221
XXXIII. La linterna mágica.....	229
XXXIV. Canción del traidor.....	233
XXXV. Un chaparrón repentino	235
XXXVI. La carroza sin ruedas	241

XXXVII. Yacente en la cama.....	247
XXXVIII. Bajo los arcos de los soportales.....	253
XXXIX. El abajo firmante, guardia pontificio.....	257
XL. Las sorpresas desagradables	261
XLI. No pudo resistirse	271
XLII. Llega noticia a este tribunal.....	275
XLIII. Tocad qué suave es	277
XLIV. Proceso verbal.....	285

CUARTA PARTE

XLV. ¿Qué hacer?	291
XLVI. No fue como debería	297
XLVII. En cuanto Francesco llamó	303
XLVIII. Expediente Criminal contra Franc.....	313
XLIX. Un rostro negro inclinado sobre él	317
L. De la hacienda Mon Repos.....	329
LI. «¡Vamos!», dijo Sebastian.....	331
LII. Teniendo en cuenta que el carnaval	339
LIII. «Es el final», se dijo Heinrich	341
Epílogo.....	351

PRIMERA PARTE

Dadle algo al pobre Tom. El Maligno le ha llevado por fuego y por llama, por vado y remolino, por ciénaga y pantano. Le ha puesto cuchillos debajo de la almohada, sogas en la galería y veneno al lado de la sopa. Le ha vuelto soberbio de hacerle trotar en caballo bayo sobre puentes de cuatro pulgadas persiguiendo a su sombra cual si fuera una traidora...

W. SHAKESPEARE, *El rey Lear*

I. HABÍA SOÑADO CON UN SINIESTRO TOCADOR

Roma, enero de 1772

AQUELLA NOCHE HABÍA SOÑADO CON UN SINIESTRO tocador de señoras, de puertas chirriantes y carcomidas. Una pesadilla verdaderamente extraña. Desde que había llegado a Italia, el joven Heinrich Füssli no conseguía acostumbrarse a la falta de edredones de plumas, y solía dormir muy mal; y por si eso fuera poco, esa misma semana un fuerte viento de tramontana había provocado un frío inusual en Roma.

Una voz de advertencia de Antonino lo apartó de sus pensamientos: el guía se ponía en camino y torcía a la izquierda por un terreno embarrado y resbaladizo, resultado aún de la nevada de la semana anterior. Sobre la vía Nomentana se concentraban densos nubarrones, y en algunas casas se distinguían ya las velas encendidas, a pesar de que todavía era de día.

—Seguro que vuelve a llover —dijo Antonino, girándose por un instante hacia su cliente. El joven Heinrich lo miró sorprendido, no tanto por lo que decía, sino porque

durante casi una hora de camino por los callejones desiertos extramuros de la ciudad no había intercambiado ni una sola palabra con él.

—Menos mal que os habéis puesto las botas, señor —precisó Antonino—, porque aquí, en cuanto llueve, muchas galerías se llenan de agua.

Y casi como una confirmación de sus palabras, comenzaron a caer enormes goterones. Heinrich se ciñó la capa, calándose el tricornio en la cabeza. Hubiera querido preguntarle a Antonino si faltaba mucho todavía, pero en el rostro del guía vislumbró esa pétrea expresión que tan bien conocía.

«Traed unas botas cómodas, un rollo de cuerda y unas velas.» Era la única frase que la noche anterior había conseguido arrancar de sus labios. Nada más.

Le había costado mucho esfuerzo ganarse la confianza de aquel romano. Antonino era casi un adolescente, pero por lo poco que Heinrich había conseguido saber, también todo un experto en descensos por los subterráneos de Roma, y probablemente el mejor guía que hubiera podido encontrar. Le había dado su nombre el dueño de la hostería de la Foglietta, en el Trastévere. Heinrich se encontraba ansioso y, al mismo tiempo, encandilado con aquella excursión por el universo pintoresco y vacío de unas galerías —llamadas inadecuadamente *catacumbas*— excavadas a lo largo de los siglos con objeto de extraer piedra caliza y otros materiales de construcción para los edificios de la ciudad. Había proyectado aquella excursión porque le parecía que el tiempo en Roma transcurría

con excesiva lentitud y, tras el atracón de museos de los primeros días, se había cansado de antigüedades y de los típicos encuentros con los visitantes extranjeros. Deseaba una verdadera aventura romana y confiaba en disfrutar de algo fuera de lo común. Por eso había hecho circular el rumor de que era un apasionado de las ruinas, de que buscaba algo verdaderamente curioso para pintar y de que estaba dispuesto a pagar por la molestia, como se solía decir en Roma. Había sido precisamente entonces cuando alguien le habló de la *terra ignota* que se extendía por los subterráneos de la ciudad, el *non plus ultra* de las exploraciones, algo que para la sensibilidad artística del joven Heinrich podía esconder más de una sorpresa. Así pues, no había desaprovechado la oportunidad cuando Antonino se presentó ante él la noche anterior.

Empezaron a descender con ayuda de una cuerda y un torno por un agujero estrecho y casi invisible, cercano a una casetilla desierta con las paredes cubiertas de hiedra y situada a las puertas de la ciudad.

—Desde aquí se puede acceder siempre —le explicó Antonino mientras le abría camino—. También hay otras zonas de la ciudad desde las que se puede bajar, pero a menudo los guardias descubren las entradas y obstruyen el paso con barricadas o incluso con muros que construyen en unas horas. Pensad, señor, que en la Gran Confraternidad hay personas que se dedican sólo a esto: a abrir las galerías cerradas por la Guardia Pontificia.

¿La Gran Confraternidad? Aquella sorprendente denominación impresionó a Heinrich, al que le habría

gustado formular varias preguntas al respecto, pero se encontraba muy ocupado en caminar agachado, pendiente de no hacerse daño en la cabeza, porque la galería era muy baja. Y así, durante unas treinta brazas: las paredes de piedra caliza respiraban agua y las botas se adentraban en el fango, tal y como Antonino había predicho. Sin embargo poco a poco el techo era cada vez más alto, hasta que los dos se encontraron en una encrucijada, una especie de vestíbulo del que partían diferentes galerías secundarias y una escalera que bajaba a niveles inferiores.

—Debe resultar fácil desorientarse aquí dentro —dijo Heinrich, pero no obtuvo respuesta de su guía, concentrado en los preparativos. De hecho, Antonino encendió una vela y se metió otras dos en el bolsillo.

—Las catacumbas no son para todos —le explicó al final, mirando a su cliente con severidad. A Heinrich le pareció que quería invitarle a recapacitar sobre sus propios miedos y la posibilidad de dar marcha atrás. En aquel preciso instante, de la oscuridad de un nicho salió un tipo escuálido con expresión famélica y una daga colgándole de la cintura. Saludó con un gesto a Antonino y se ocultó de nuevo en la sombra—. Es un hombre de la Gran Confraternidad —susurró el guía, y sin más explicaciones se dirigió en dirección opuesta.

El principio del recorrido por las galerías parecía concebido precisamente para desanimar a los dubitativos: el agua en algunas zonas llegaba hasta las rodillas, el techo no subía más de una braza sobre sus cabezas, y las encrucijadas se repetían casi sin solución de continuidad. Se

adentraron por caminos oscuros, rozando a veces numerosas cisternas de agua tan profunda que en ella flotaban y se mecían barcas de verdad, como las que se veían en el Tíber. Con las velas iluminaban los nichos en los que se encontraban restos de huesos amarillentos. Cruzaron un amplio grupo de cuevas con el suelo cubierto de basura acumulada en grandes montones y un grotesco desorden: fragmentos de estatuas antiguas, sillas desvencijadas, sombreros, orinales, libros, cuadros, ollas, vajillas...

Durante todo el trayecto, más allá de los montones de basura, Heinrich tuvo la impresión de atisbar siluetas humanas que se movían con cautela, como si alguien siguiera con interés su recorrido por el subsuelo romano. Pero quizás era su excitada fantasía la que creaba miles de imágenes inquietantes por aquellos pasillos sin fin. Probablemente se debía a aquel extraño silencio, roto únicamente por el murmullo del agua y algunos susurros furtivos. El joven Heinrich no alcanzaba a distinguir si se trataba de ratas o de sigilosos seres humanos.

Tampoco hubiese podido calcular cuánto tiempo había pasado cuando por fin llegaron a un amplio recinto, cuyo techo se elevaba a una altura de cuatro hombres, calculándolo así a simple vista. A Heinrich aquel lugar le recordaba uno de los grandes mausoleos circulares que había visitado en la vía Apia Antigua, porque en las paredes de piedra caliza se abrían nichos con estatuas y capiteles corintios. ¿Se encontraba quizás dentro de una antigua tumba subterránea? De todos modos, sospechaba en algún sitio debían existir aberturas al exterior, a juzgar por

los débiles rayos de luz que atravesaban la penumbra. Sin embargo, los ojos de Heinrich todavía no estaban preparados para discernir el poblado que allí se levantaba: chozas de madera y escombros habitados por una tribu de sombras que vestían como espantapájaros, y cuyas cabezas, pegadas las unas a las otras en un denso susurro, seguían atentamente los movimientos de los recién llegados.

Antonino se detuvo delante de una siniestra chabola, construida a partir de los restos del armazón de un antiguo guardarropa o tocador de señoras con las puertas enmarcadas entre columnas, que los franceses llaman *boudoir*. Heinrich se sobresaltó y recordó la extraña pesadilla que no le había dejado dormir la noche anterior: «¿Qué demonios me está pasando?». Una parte del gran tocador la habían destinado a sala de estar y allí, junto a un brasero encendido, estaba sentado un viejo vestido con una librea celeste, que en sus mejores tiempos debió ser suntuosa, pero que ahora aparecía hecha jirones y se abombaba evidenciando la abultada barriga de su propietario. Observándolo a cierta distancia y en la penumbra de la caverna, a Heinrich le pareció que el viejo tenía la vista nublada y la mandíbula flácida. El joven extranjero echó una ojeada hacia la otra puerta, que también permanecía abierta, y en cuyo interior habían colocado un jergón de harapos y paja.

Mientras tanto Antonino se había acercado al viejo y hablaba con él en voz baja. Fue entonces cuando Heinrich advirtió, en un lateral del tocador, una gran hacha apoyada en la pared y un par de ratones decapitados. Inmediata-

mente notó que el miedo le recorría el espinazo, intuyendo el peligro y lamentando al mismo tiempo que su curiosidad lo hubiera conducido hasta aquel sitio. Experimentó un cierto malestar que le hizo volverse hacia donde se abría la boca del túnel por el que habían llegado. Sintió ganas de huir, pero no tenía ni idea de cómo rehacer el camino, y sin Antonino estaba seguro de que no lo conseguiría.

El guía se giró hacia Heinrich:

—El viejo Tomaso quiere conoceros —y lo empujó hasta la puertecita abierta del *boudoir*.

—Adelante, señor, acercaos —en ese momento el viejo tosió, apoyando sus huesudas manos sobre las rodillas—. Os sentiréis muy cansado de tanto caminar, porque los señores como vos están acostumbrados a moverse en carroza... —y mientras hablaba hizo el gesto de desempolvar un taburete cojo que se hallaba a su derecha. El extranjero no deseaba sentarse por nada del mundo en aquel chisme, pero de todos modos tomó asiento por el miedo incomprensible de parecer maleducado. Sólo entonces advirtió que el viejo tenía las cuencas de los ojos vacías: estaba ciego.

—Así que sois alemán... —dijo el viejo sin dejar de toser.

—Suizo, de Zúrich. Para serviros.

—¡Ah! Mejor, mucho mejor suizo que alemán. ¿Y sois católico?

—No, señor. Seguidor de Zuinglio.

—Pues todavía me gustáis más. Buena gente, los protestantes, mejores que estos sinvergüenzas católicos

romanos: noblecillos que están tumbados a la bartola todo el santo día o frailezuelos que solo piensan en las cosas del espíritu. Porque Roma es maestra en novenas, procesiones, canonizaciones, autos de fe, pero únicamente en esto... —si no fuera ciego, Heinrich habría dicho que aquel hombre lo estaba escrutando—. Sin embargo —añadió el viejo—, los extranjeros favoritos de quienes vivimos aquí abajo son los ricos poco entrometidos.

—No soy ningún entrometido —intentó tranquilizarle Heinrich—, aunque tengo unos deseos locos de aprender. En cuanto a lo de rico, por desgracia soy sólo un artista, joven y aún sin fama. Me llamo Heinrich Füssli y precisamente he venido a Italia para profundizar en mis conocimientos artísticos.

—Que no servís para nada, vamos —se quejó el viejo, acercando sus largas manos hacia el brasero.

—El cielo sabe que me gustaría que no fuera así. Uno no siempre puede ser lo que quiere —suspiró el joven suizo, intentando amansarlo.

Alrededor del *boudoir*, donde tanto el viejo como él se hallaban sentados, se había formado una pequeña multitud. Heinrich no se atrevía a volverse para observarlos, aunque percibió a sus espaldas un murmullo lleno de curiosidad. Y entre tanto consideraba que se había metido en un problema, sobre todo porque Antonino parecía haberse volatilizado.

—Mi gentil caballero suizo, estoy seguro de que sois un tipo conciliador, de los que no les gusta ofender a nadie. Y raramente me equivoco juzgando. Por lo tanto, y

llegados a este punto, es mi deber instruiros sobre la antigua costumbre que rige en el mundo subterráneo de nuestra honorable Gran Confraternidad: quien baja hasta aquí por primera vez invita a los presentes a un pequeño banquete con un poco de vino y algo de comer, como forma de ratificar nuestra mutua amistad. Porque aquí, entre nosotros, no se da nada por nada, de manera que un *regalo* acaba por convertirse en un firme compromiso. ¿Me entendéis, señorito?

¿Qué podía hacer? Heinrich sintió que le habían echado el lazo, y comprendió perfectamente que si no entregaba la bolsa de buen grado, se la arrebatarían a la fuerza. En sus propias manos estaba elegir el procedimiento... Así que sacó la bolsita en la que guardaba el dinero y se la acercó al ciego.

El viejo pareció sopesarla con una patente expresión de avidez en el rostro. Luego se la arrojó a alguien que se hallaba detrás de Heinrich y que la agarró con rapidez. El joven suizo se volvió justo a tiempo para ver a un grupo de cuatro o cinco mendigos —por su estatura le parecieron niños— que, pasándose unos a otros la bolsita como en un juego, se marcharon a la carrera y desaparecieron por una de las galerías que se abrían al fondo de la caverna.

Mientras tanto, tras otra señal del ciego, algunas viejas se acercaron llevando una mesa que debió pertenecer en otros tiempos a alguna mansión linajuda, porque a pesar de su decadencia conservaba incrustaciones de piedra con forma de festones de flores. En un santiamén se dispuso un pequeño comedor, con su mantel, aunque de en-

cajes hechos jirones, con algunas sillas de diferentes formas y tamaños, y una lámpara de aceite envuelta en un trapo de seda roja. Fue como una señal, porque de todas las galerías laterales salieron decenas de mendigos andrajosos y lisiados. Al suizo le pareció una escena espectral, y la débil luz rojiza de la lámpara de aceite apoyada sobre la mesa acentuaba el aire siniestro de las figuras que se estaban acercando. Era tan grande el jaleo que el ciego tuvo que pedir silencio golpeando la mesa con su puño.

Poco después, unos gritos de júbilo avisaron de que los jovencitos desaparecidos con la bolsita estaban de vuelta, con una cesta con queso y longaniza, cuatro piezas de pan y un pequeño odre de vino. Solo cuando apoyaron todo en la mesa, Heinrich se dio cuenta de que no eran niños sino enanos, algunos incluso de cierta edad, porque tras unas ridículas pelucas de color topo asomaban mechones de pelo canoso.

Al que parecía el más anciano de todos y llamaban con el nombre de Jacobus, el viejo le encargó que realizara las particiones: algo que el enano, blandiendo un pequeño cuchillo que le colgaba de la cintura, ejecutó con un silencio de santurrón como si ejerciera de maestro de ceremonias.

Se estrechó el círculo alrededor de Heinrich. El joven extranjero intentó encogerse todo lo que pudo, pero no consiguió evitar los empujones de la pequeña multitud que le rodeaba. Y sobre todo le molestaba el olor nauseabundo de los cuerpos sucios y sudados, apiñados en tan poco espacio.

—Calma, hermanos —soltó el viejo gritando—, que nadie se atreva a acercar la mano antes de que le desee larga vida a nuestro invitado forastero. Dadme un cuenco limpio para que le sirva a él el primero, y luego beberemos todos a su salud.

Dicho y hecho, a Heinrich le acercaron una taza con restos de haber sido utilizada como candelero: el vino aparecía turbio y en él flotaban trozos de brea a buen seguro procedentes del barril del que había salido. En cualquier caso, el desdichado se lo bebió de un trago, mientras a su alrededor se oían los vítores. A continuación los mendigos se abalanzaron sobre el pequeño festín, ya sin hacerle caso, y Heinrich disfrutó de unos instantes de tregua para analizar el lío en el que se había metido. Desgraciadamente no veía ninguna forma de escapar, y le convenía poner al mal tiempo buena cara.

—Jacobus me comenta que tenéis una expresión contrariada, señorito suizo —la voz del viejo hizo que se sobresaltara—. No os aflijáis por que hayamos forzado vuestra liberalidad: sabed que ante todo habéis conquistado a unos amigos, y que ninguno de los miembros de nuestra honrada hermandad ha sido nunca desagradecido; y de paso le enviáis a vuestros enemigos el mensaje de que, una vez privado de la bolsa, ya no pueden despojaros de nada más... A no ser que quieran que acabéis como San Bartolomé —y se rio, estridente, como si acabara de hacer la broma más graciosa del mundo. Luego se inclinó hacia el joven extranjero—. A ver, decíais que habéis venido a Roma para aprender arte, ¿no?

—Me gustaría dibujar la vida. Las estatuas de los museos me aburren.

Heinrich se sobresaltó al ver asomarse una enorme rata por una grieta del tocador. Quizás se había acercado atraída por los restos del frugal banquete. En ese instante el viejo la atravesó con un pincho, de manera que el joven se preguntó si aquel que parecía llamarse Tomaso era en verdad ciego. De nuevo sintió en la boca del estómago un nudo de miedo.

—Habéis venido al lugar apropiado, mi querido pintor, donde podemos daros una completa instrucción. Pero antes debo saber si podéis pagarla, porque nunca damos nada a cambio de nada —añadió bruscamente el viejo, que empezó de repente a tutearlo—. Si no es así, lo mejor será que levantes el culo del taburete y te vayas por donde has venido.

¿Volver por donde había venido? Ninguna otra cosa deseaba tanto Heinrich. Pero ¿cómo salir de allí si su guía había desaparecido? Le inquietaba la avidez con que aquella gente lo miraba. Con un hilo de voz intentó explicarle que no llevaba encima nada de valor, aparte del dinero que ya le había entregado. Entonces, el enano, a quien llamaban Jacobus, alargó las manos hacia el reloj de bolsillo que sobresalía por la ranura de la chaqueta de Heinrich. Muy a su pesar, el joven extranjero no tuvo más remedio que desprenderlo de la chaqueta y dejarlo caer sobre la palma abierta del enano, que lo exhibió ante los presentes, entre aplausos y expresiones de admiración, y se lo entregó al ciego.

El viejo se frotó las manos.

—Me agrada que seas tan generoso. Además, no podías hallarte en un lugar mejor. Si tu deseo es de verdad pintar la vida, aquí abajo, entre nosotros, tienes todo lo que necesitas: carne y recuerdos, fuego e inmundicias, escalofríos y carcajadas... ¿Te das cuenta, joven, de que este es el mundo verdadero, donde se deciden todos los destinos? Y si necesitas historias y emociones, aquí también hallarás todas las que quieras —añadió bajando la voz e inclinándose hacia Heinrich.

—No pido más... —contestó el joven, sudando y comportándose de la forma más humilde que podía. Estaba temblando.

—La verdadera vida está aquí abajo, te lo digo yo —continuó el ciego—, porque la vida apesta. Créeme: todo lo que parece bueno y bonito no es nada más que una ilusión. Solo hay que esperar, y siempre termina apesando...

—Bueno, precisamente eso no es lo que nos enseñan en las clases. Por ejemplo, una vez leí en un libro del famoso maestro Winckelmann que...

El grito del viejo interrumpió a Heinrich con la frase en los labios. El joven nunca había escuchado aquel nombre pronunciado de forma tan horripilante, tan sepulcral.

—¿Winckelmann? ¡Johann Joachim Winckelmann!

Heinrich no sabría explicar qué le parecía más diabólico en aquel momento, si la voz maliciosa y cruel del viejo o la terrible oquedad de su boca con los dientes en-

negrecidos. Algo en el tono empleado por el ciego lo puso alerta. Estaba en peligro, y Heinrich lo percibía en cada uno de los poros de su piel: uno de esos instantes de gran nerviosismo en que la mente trabaja más rápido de lo normal y entiende hasta lo más oscuro. Y había tanto odio en las palabras del ciego...

—¿El caballero Winckelmann? —repitió el viejo Tomaso, casi atragantándose—. ¿Qué es lo que sabes de él? —y la entonación se volvió inquisitiva.

—Sé que murió en Trieste, no hace mucho tiempo —respondió Heinrich, cauteloso—. Una vez me dieron para traducir al inglés algunos textos suyos. Y gané unas monedas, las justas para realizar este viaje a Italia... —el miedo del joven extranjero adoptó los colores tenebrosos de aquel gran tocador desconchado y roído por las ratas, del humo del viejo brasero, de los montones de basura que advertía a su alrededor con el rabillo del ojo.

De una esquina oscura salió un pequeño negro cubierto de la cabeza a los pies por un traje de seda extraordinariamente blanco: en la penumbra de la gruta contrastaban su traje y sus ojos, y más bien parecía un duende sin manos ni pies, una mirada sin rostro. El suizo se estremeció al verlo acercarse al viejo ciego y hablarle al oído. Percibió entre susurros, alguna que otra frase.

—Investigar los motivos que le han traído hasta aquí... Mejor llamar a la Comendadora...

Un jorobado, que Heinrich había oído que se llamaba Sebastian, se dirigió al joven suizo y le sonrió con tanta ambigüedad que le hizo sentirse incómodo.

—Dime, suizo, ¿de verdad te interesa conocer el final de Winckelmann? Te aseguro que es una historia instructiva...

Heinrich notó en la nariz un extraño y nauseabundo olor que le mareaba. Vagamente oía la voz del jorobado insinuarse en sus oídos como el zumbido de una abeja. Le pareció que las piernas y los brazos le pesaban cada vez más, y ni siquiera pudo forcejear cuando alguien lo agarró por detrás y le anudó con fuerza una venda en los ojos. Era como si comenzara un terrible sueño.